



HISTORIA DE LA MEDICINA ARGENTINA

La Medicina Curativa de Le Roy

EN todos los tiempos han existido y existirán en las diferentes ramas de la medicina, partidarios y detractores de tales o cuales sistemas, o de tales o cuales aplicaciones prácticas de los distintos métodos curativos.

En la historia de nuestra Medicina, posiblemente no ha existido una polémica más apasionada, que la que se refiere a la *Medicina curativa o panquimagogo*, de Le Roy.

Comenzada alrededor de 1822, se prolonga más allá de 1831; de acuerdo a los datos que he podido reunir.

En el año 1823, la Academia de Medicina de París, había aconsejado la prohibición del específico de Le Roy; prohibición que no sabemos si llegó a cumplirse.

Este informe de la sociedad francesa, se reimprimió en Buenos Aires, en la siguiente forma:

Informe / sobre la / Medicina Curativa / de / Mr. Leroy / (lo anterior entre dos filetes).

Port. v. bl. texto, 16 pp. Colofón: Buenos Aires. Imprenta de los Expósitos (sin fecha). Tamaño: 21 1/2 x 14 cms.

En el ejemplar que poseo y al final del mismo, debajo del colofón dice lo siguiente (manuscrito): el Decreto del Gobierno no aparece y la medicina Se bende en fracia.

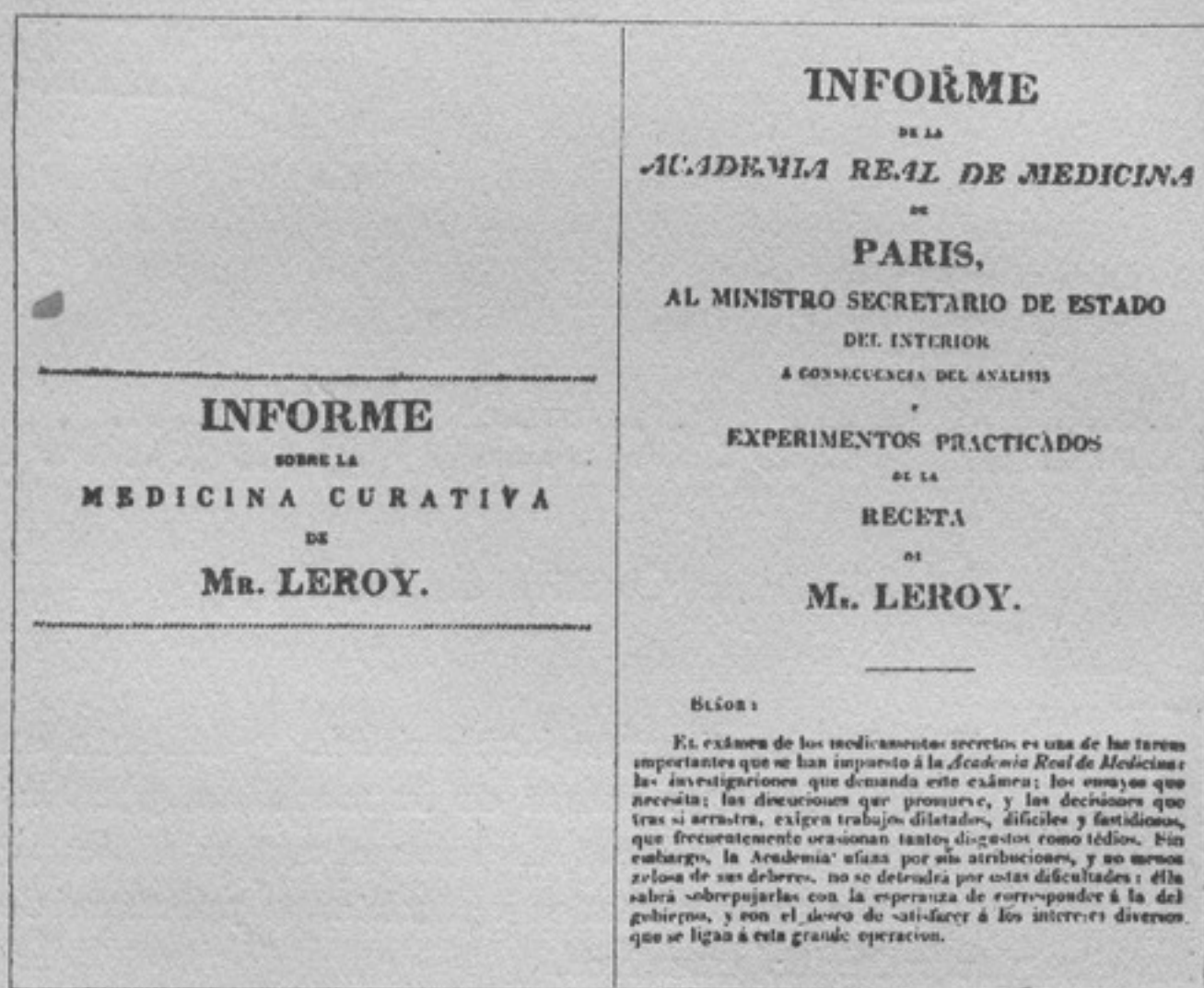


Fig. 1. — Informe de la Academia de Medicina de París. Reimpreso en Buenos Aires, en 1823 o 1824, por la Imprenta de Niños Expósitos.

Fig. 2. — Primera página del informe de la Academia de París.

En el año 1824, aparece la décima edición castellana y primera impresa en Buenos Aires, de la obra de Le Roy, cirujano de consultas de París; y cuyo título es el siguiente:

La / Medicina Curativa, / o / La Purga / dirigida contra / la causa de las Enfermedades / probada y analizada / en esta obra. / (filete) / Por / Mr. Leroy, / Cirujano de Consultas en París, / (filete) / Décima Edición: / revista, corregida y aumentada con muchos casos / prácticos. / (filete) / Buenos Aires: / Imprenta de los Expósitos. / (filete) / 1824.

El 25 de octubre de 1824, el Tribunal de Medicina de Buenos Aires, resolvió pedir se prohibiese la fabricación y despacho del medicamento de Le Roy, impidiendo además su introducción desde el extranjero (ver los documentos más adelante).

En 1829, aparece la obra de Pedro Martínez, sobre la tan discutida medicina.

Quinta Esencia / de la / verdadera medicina curativa, / o el velo descubierto de los arcanos / en / la Ciencia Médica. / Analizada, practicada y observada en ámbos hemisferios por diferentes respetables héroes, observadores / de la Naturaleza. Ratificada por una exacta observación práctica de seis años, en un sin número / de enfermos de ambos sexos y edades. / Por / Don Pedro Martínez, / Profesor en Química, Cirugía y Medicina, encargado por / el Superior Gobierno de la Sanidad del Puerto de esta / Capital. / (filete) / Los enfermos alguna vez sanan sin / Médico, por crisis de la Naturaleza; pero no, generalmente, sin / medicina. / Hippocrat. / (Filete) / Buenos Aires. / Imprenta Argentina, / Calle de las Piedras. Número 31. / (filete) 1829.

Antep. (entre dos filetes) Quinta Esencia / de la verdadera / Medicina Curativa. v. bl. v. aviso. 1 h. prel. con un Soneto (viñeta con una nave). v. bl. Dedicatoria a la Humanidad I-VI. Introducción, 1-23. Texto 265 pp. Índice, 4 pp. 1 h. bl. 131 / 2 x 20½ cms.

En el mismo año 1829, sale a luz un periódico cuyo redactor fué el mismo Pedro Martínez, con el objeto de propagar la medicina curativa de Le Roy.

Semanario / científico, histórico, clínico, / de los progresos / de la verdadera / Medicina Curativa, / o / La Naturaleza Humana, / defendida, por la experiencia, de los ataques / preternaturales. / (filete) / (Ars, vel scientia medica, non est conjetura.) / (filete) / Buenos Aires, / Domingo 23 de Agosto, / 1829. / Imprenta Argentina, / Calle de las Piedras, N° 31. /

4° Este periódico se publicaba todos los domingos en cuadernitos de cuatro pliegos en 4°. La colección consta de 9 números, siendo el primero de 30 de Agosto de 1829, y el último de 25 de octubre de 1829. El que lleva la fecha de 23 de agosto, parece ser el prospecto. (ver Zinny. Efmeridografía Argirometropolitana, Buenos Aires, 1869, p. 254).

En 1831, aparecen dos nuevos periódicos en favor de la medicina curativa:

El Desengaño. 1831. en 4°. Imprenta Republicana, Según Zinny (op. cit.) (p. 87), la colección consta de cuatro números. El primero corresponde al 17 de mayo y el último al 7 de julio, siendo su redactor el doctor José Indelicato.

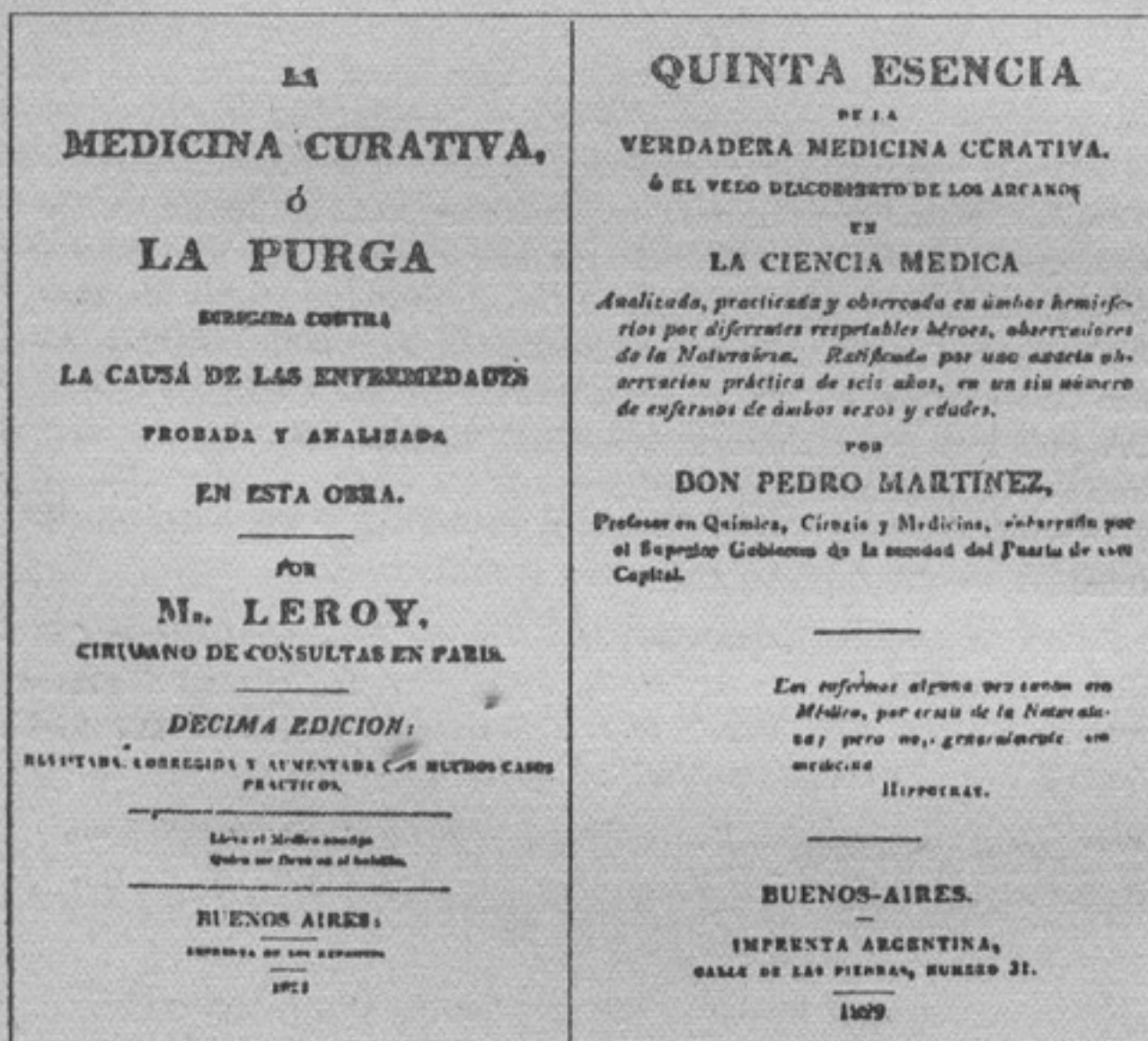


Fig. 3. — Primera edición española impresa en Buenos Aires. Imprenta de los Expósitos, 1824.

Fig. 4. — Obra del doctor Pedro Martínez. Impresa en Buenos Aires, en la Imprenta Argentina, 1829.

El Defensor de los Principios de M. Leroy, o la verdad contra el engaño. 1831, en 4°.

Zinny tuvo a la vista únicamente el número 2, de 15 de julio de 1831.

En este mismo año de 1831, se entabla una polémica entre el Desengaño y el Lucero (cuyo redactor fué Don Pedro

de Angelis); apareciendo también varios artículos alusivos al asunto en la Gaceta Mercantil (N.º 2207 y 2209).

Estos artículos aparecen reunidos en un impreso especial, que lleva el siguiente título:

Documentos, &.

4 pp. fol. sin numerar y sin pie de imprenta. Tamaño: 30½ x 21½.

Finalmente y en el mismo año aparece un proyecto de informe del Dr. Cristóbal Martín de Montufar, y que es como sigue:

Proyecto de Informe / sobre / La Representación / de / Don Pedro Martínez / o sea / Verdadero punto de vista de la Medicina Curativa de Mr. Le Roy. / Por el / Dr. D. Cristóbal Martín de Montufar, / Con-Juez del Tribunal de Medicina. / (filete) / Buenos Aires / Imprenta Republicana. / 1831.

Fol. Port. v. bl. 14 pp. de texto. Tamaño: 32½ x 22 cms.

Referentes al mismo tema pero publicadas en España, he tenido a la vista, las siguientes publicaciones:

Exámen / crítico e imparcial / del tratado / de la Medicina Curativa / de Mr. Le Roy. / Por / Don Vicente Segura, / Médico titular de la Encomienda de Torrente. / (bigote) / Valencia: / Por José Ferrer de Orga. / (filete) / 1827.

Port. v. bl. advertencia. Texto, 64 pp. Tamaño: 9½ x 14½ cms.

Reflexiones / sobre / La Medicina / Curativa / de / M. Le Roy, / v. bl. Port. v. bl. Texto, 95 pp. Tamaño: 9½ x 14 cms.

He visto citadas además las siguientes publicaciones:

Martínez (Pedro) Refutación al informe del Tribunal de Medicina sobre su solicitud de administrar la medicina curativa en los Hospitales. Buenos Aires, 1831 en 4º. (pág. 63 de: Colección de Obras impresas y manuscritas que tratan principalmente del Río de la Plata, formada por Pedro de Angelis. Buenos Aires. 1853).

Le Roy (M.). La medicina curativa o la purgación dirigida contra la causa de las enfermedades. Trad. del francés. Barcelona, Oliva, 1837, 8º retrato.

Le Roy (M.) Casos prácticos. Valencia, 1829.

Le Roy (M.) Casos prácticos. Barcelona. 1859.

Le Roy (M.) Casos prácticos. Madrid. 1868. 8º.

Estos cuatro últimos se encuentran citados en: Antonio Paláu y Dulcet. Manual del Librero Hispano-Americano. Tomo cuarto. 1926 pag. 218.

Tales son los documentos e impresos que he podido observar, sobre la obra de Le Roy. De las ediciones francesas

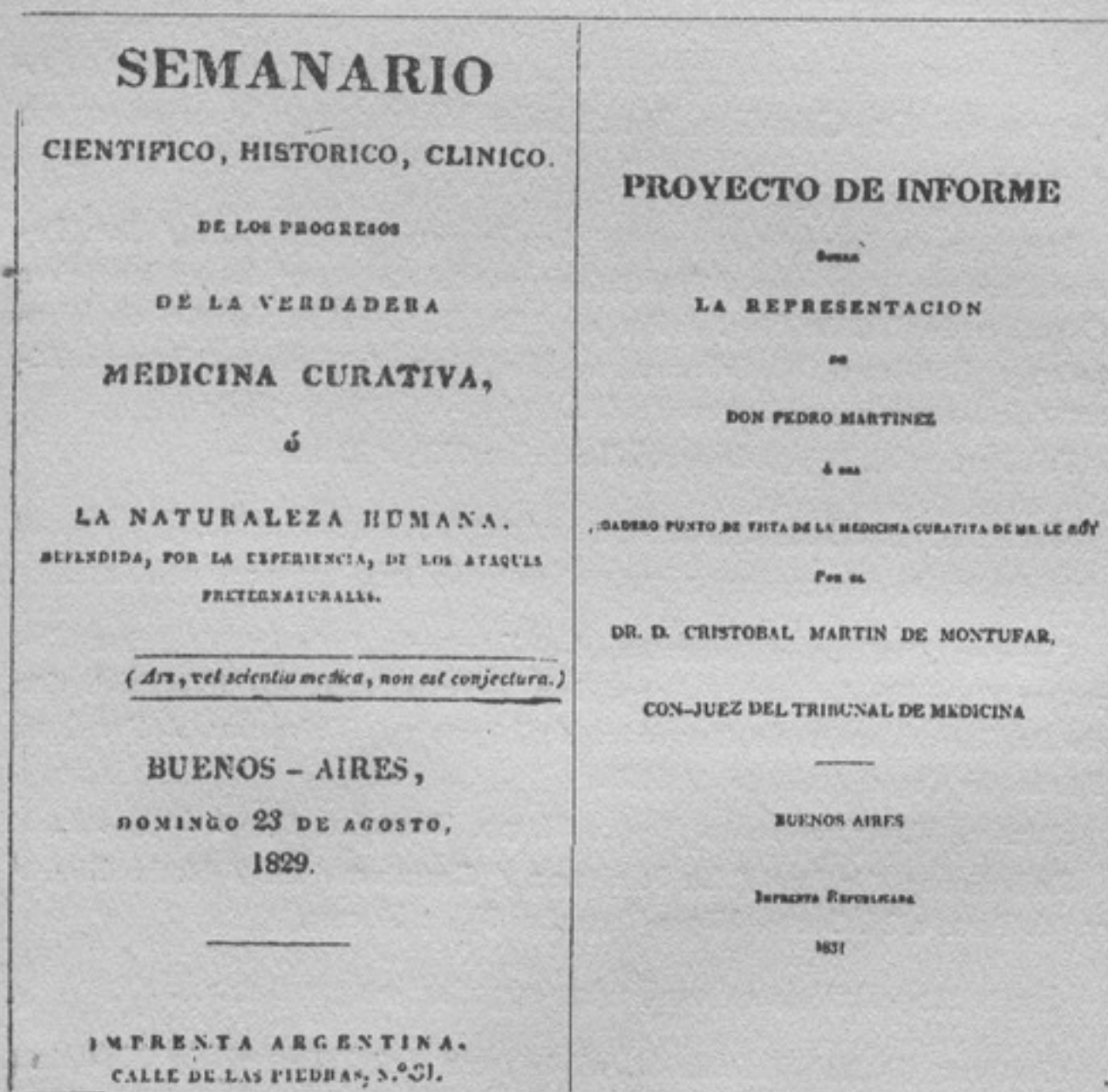


Fig. 5. — Semanario sobre la «Medicina Curativa», publicado en Buenos Aires, en 1829. Fué su director el Dr. Pedro Martínez.

Fig. 6. — Informe del doctor Montufar, sobre la representación de Pedro Martínez. Impreso en Buenos Aires, en 1831.

o españolas de la edición original, no he podido ver ninguna, salvo la primera edición de Buenos Aires, que he mencionado anteriormente.

Pasaré ahora a ocuparme de algunos puntos de la obra de Mr. Le Roy, sobre las enfermedades y su curación.

Teoría de Le Roy sobre las enfermedades, su origen y su curación. — Se basó Le Roy, en las teorías de Pelgas, su suegro, profesor de Cirugía, sobre las enfermedades y la acción de los purgantes.

Todas las enfermedades, — dice Le Roy — son producidas por una sola e idéntica causa próxima.

Todas las funciones de nuestro cuerpo tanto en el estado enfermo como en el sano, se ejecutan a consecuencias de movimientos.

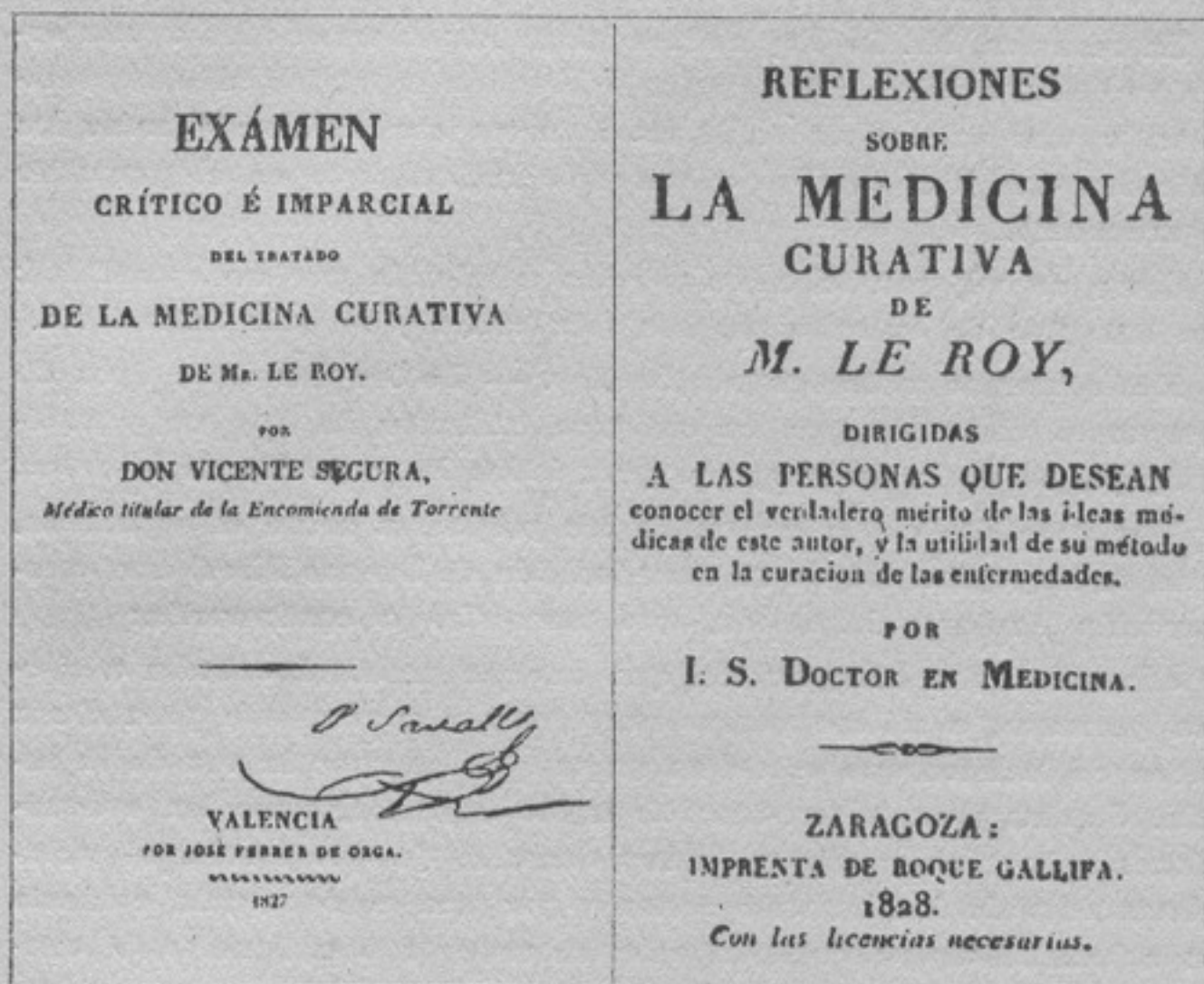


Fig. 7. — Obra de Vicente Segura. Impresa en Valencia. 1827.

Fig. 8. — Reflexiones, por I. S. Impresa en Zaragoza en 1828.

Los agentes de estos movimientos son exclusivamente los órganos respectivos — los sólidos.

Cada órgano en el estado de salud tiene su distinto modo de acción, y es el normal.

El modo de acción que se desvía del normal, producirá natural e inmediatamente (como causa próxima) un desorden en el ejercicio de las funciones del órgano a que corresponda, desorden que es propiamente lo que se llama enfermedad. Siendo pues muchos y distintos los órganos, deben ser muchos y distintos los normales modos de acción que se desvían de ellos.

La causa próxima de todas las enfermedades es la corrupción de los humores originada por la fermentación pútrida del germen de destrucción, o corrupción innata, que existe en ellos.

Usar exclusivamente de los purgantes de Mr. Le Roy en todas las enfermedades.

Purgar en las enfermedades curables (con la repetición y frecuencia que se encarga) hasta que se sane el enfermo, se asegure la curación y se precava la recaída.

En resumen, Mr. Le Roy reduce todas las enfermedades a una sola, es decir, a un estado opuesto a la salud; todas las causas morbíficas a una sola, a saber, a los humores corrompidos; y todos los métodos curativos usuales a uno solo radical, que es el purgativo o evacuante.

Como se vé, resultaba un método admirable por su comodidad: un solo tipo de enfermedad, una sola causa y un solo tratamiento.

Medicamentos utilizados por Le Roy. — De los diferentes tipos de purgantes conocidos por los antiguos, utilizaba Le Roy un panquimagogo, es decir, un purgante para todas las especies de humores.

Y a propósito de la acción de los purgantes sobre el organismo, trae en la página 184 de su obra (edición de Buenos Aires) una comparación bastante ingeniosa, que transcribo a continuación:

«Hagamos una comparación que aunque parecerá extraña a ciertas personas, a mi me parece muy justa y conveniente para cierta clase de lectores que escuchan mejor que los otros la voz de la razón. Servirá para hacer concebir a los enfermos, como las evacuaciones reiteradas producen la regeneración de que resulta el restablecimiento de los humores sanos y por una consecuencia evidente la salud. El cuerpo de todo enfermo reciente o antiguamente atormentado por la acción de las materias corrompidas que contiene, puede compararse a una barrica en que se ha dejado un resto de líquido, y que por haberse corrompido ha echado a perder la madera o a lo menos le ha dado un mal olor. Para quitárselo y dejarla en estado de poder recibir otro líquido sin peligro de alteración el tonelero emplea los medios que su razón le sugiere: imitemosle: Hecha agua en su barrica; la remueve y la vacía despues, y el agua al salir se lleva consigo las partes más groseras de la porquería que contenía. Lo mismo sucede al enfermo al principio de la curación; evacua las materias groseras y la superficie de los humores que existen en sus entrañas. El tonelero continua volviendo a echar agua, agitándola de nuevo y vaciándola por su agujero, y poco a poco parece tan limpia, cuando sale, como cuando entra, pero por esto el tonel no está limpio; lo mismo es el enfermo, ha continuado la purga, no evacua materias tan malignas, puede

estar más aliviado, pero no curado porque su cuerpo no está más limpio que la barrica. El tonelero deja el tonel lleno de agua uno o dos días y se reblandecen las partes que estaban pegadas a las duelas de la barrica. Del mismo modo el enfermo suspende la purga algunos días o semanas; los nuevos humores provenientes de sus alimentos diarios, humedecen los antiguos, esta mezcla los suaviza y hace más fáciles de evacuar. Durante esta suspensión la sangre a favor y en razón del vacío resultante de las precedentes evacuaciones, enrareciendo la fluxión que está en los vasos, la conduce al canal intestinal por los emunctorios de que hemos hablado anteriormente. El enfermo continua la purga suspendida y evacua con los antiguos los nuevos humores que aquellos han corrompido ya. Hace como el tonelero que vacía con su agua corrompida las partes infectas, que esta ha desprendido de las duelas. Repite la misma operación y deja el agua más tiempo en el tonel. El enfermo deberá hacer lo mismo; deberá suspender la purga durante más tiempo, pues que experimenta más alivio y que tiene apetito, y así alimentándose más, va aumentando la masa de humores que reemplazan a los antiguos, produciendo la regeneración de que hemos hablado. Ultimamente el tonelero para conseguir su intento continua el mismo método, hasta que reconoce que la barrica está limpia y que se puede envasar en ella otro líquido sin peligro de que la eche a perder. Que el enfermo haga lo mismo hasta tanto esté cierto que su cuerpo no contiene más germen corruptor que pueda dañar los nuevos humores y causar una recaída. Cuando más tiempo haya que la barrica haya contenido materias corrompidas, más tiene que trabajar el tonelero para limpiarla; lo mismo sucede con los enfermos, y estos como aquél no deberán temer el exceso de limpieza. Repitiendo lo que hemos dicho en el capítulo 19, diremos que un gran número de dosis tomadas sin necesidad conocida no podrán dañar al enfermo, y una sola de menos podrá serle perjudicial, porque conservaría en sus fluidos una parte del germen corruptor, sobre lo cual la desconfianza no está de sobra, sobre todo en las enfermedades virulentas, contagiosas, y en todas las inveteradas.

El resultado de este método es tan infalible como el del tonelero. Para que una y otra operación se frustrase, o para que el enfermo no se cure, es preciso que sus entrañas como las duelas del tonel, estuviesen dañadas o podridas por la demasiada permanencia de las materias corrompidas.

Hay sin duda casos en que por lo inveterado del mal o la malignidad de los humores que lo producen, el vaso se resiente por mucho tiempo de lo que ha contenido; hay también otros en que las entrañas y las visceras, dispuestas a recibir la corrupción como también a comunicarla, obran a su vez sobre los nuevos humores y los

vician; pero purgándose el enfermo suficientemente, siempre que note variación en su salud ordinaria, o que no esté tan bueno como acostumbra, prolongará seguramente su existencia».

Al hablar de los evacuantes, purgantes, su utilización y dosis de las siguientes reglas: (pag. 190 y sigs. edición argentina).

«Los evacuantes en general tanto los eméticos como los purgantes, sean de la clase que fueren, aunque todos participan de la misma naturaleza, no pueden tener intrínsecamente el mismo grado de actividad, por la diferencia de edades y sensibilidad interior de los enfermos; de consiguiente la variedad o la diferencia de las dosis no bastaría, y por esta razón he creído necesario dar al purgante diferentes grados de actividad, y para conocerlos he puesto en los rótulos de las botellas rayitas o líneas horizontales cuyo número indica el grado, y semejantes a las que preceden al párrafo en que más abajo hablo de cada uno de ellos.

El vomitivo purgante se puede reducir a uno solo y único grado de acción, porque mezclando la dosis de este evacuante con el té, como diremos más adelante, viene a hacerse tan ligero como se quiere.

Siendo el primer grado de los purgantes el más benigno, conviene a los niños desde seis a siete años o de menor edad hasta la de un año.

Conviene también a las personas cuyo sistema nervioso es muy sensible, a las de mucha edad o debilitadas por la larga duración de sus enfermedades, cuya cura es dudosa, o cuando no se piensa en aliviar un tanto al paciente, y generalmente es aplicable a toda persona de excesiva movilidad.

Siendo el segundo grado más activo que el primero, es bueno para casi todos los enfermos de uno y otro sexo y aún para los niños de siete años. Por este grado se deberá empezar siempre la curación de los adultos y de todas las personas mayores, sin perjuicio de emplear en lo sucesivo el tercer grado como se deberá empezar siempre la curación de los adultos y de todas las personas mayores, sin perjuicio de emplear en lo sucesivo el tercer grado como se va a explicar. el segundo deberá reemplazar al primero en todos los casos en que éste administrado gradualmente hasta cuatro cucharadas no produzca el número de evacuaciones que se dirá más adelante, bien entendido que no hay inconveniente en que se aumente el número de cucharadas, si lo exige la necesidad.

El tercer grado no se deberá administrar sino a los enfermos muy difíciles de mover o a los que no experimenten muchas evacuacio-

nes con el segundo grado, a pesar que sus dosis haya sido aumentada sucesivamente hasta cuatro cucharadas, o más; reservándose el prescribirles este tercer grado aun más allá del número de cuatro cucharadas, si esta dosis fuere insuficiente para producir las evacuaciones exigidas.

En el caso en que el tercer grado reiterado muchas veces con el mismo suceso se muestre poco activo llevado a la dosis de cuatro cucharadas, el cuarto grado se hace indispensable en la misma dosis, sin perjuicio de aumentarla en caso necesario.

Se podrá mezclar estos cuatro grados para formar otros intermedios. Por ejemplo sin aumentar las dosis del primero, segundo y tercer grado a más de cuatro cucharadas se podrá aumentar su actividad, mezclando las del primer grado con las del segundo, las de este con las del tercero y éste con el cuarto por partes iguales. También se podrá echar en esta mezcla más de un grado que de otro para dar más o menos fuerza, de suerte que si se hecha una cucharada del segundo grado en el primero, el primero es el que será más fuerte, si por el contrario en la dosis del segundo se echase una cucharada del primero, el segundo es el que será más suave, y lo mismo sucederá con el tercero y cuarto que son superiores en fuerza y actividad.

Per es de rigor y los organos estimulados por la acción del purgante exigen que las dosis se reduzcan, cuanto sea posible, a cuatro cucharadas de modo que el grado superior no se deberá tomar, en esta dosis, sinó cuando el inferior se deba tomar a la de cinco. Estos mismos órganos no permiten que se use de un grado activo en lugar de otro inferior sino cuando la necesidad lo exija, como se ha dicho, aunque la dosis del más activo se tome en menos cantidad que la del más fuerte, porque se requiere sobre todo al fin de la curación que las dosis sean de un volúmen y cantidad conveniente para que puedan extenderse por todas las cavidades del cuerpo.

RECETAS Y COMPOSICION DE LOS EVACUANTES

Vomitivo Purgante

Recipé. Vino blanco de buena calidad, cuatro libras.

Sen de palta seis onzas.

Póngase en infusión fría, durante tres días, teniendo cuidado de menearlo de cuando en cuando, colándolo y exprimiéndolo de manera que cuanto sea posible, quede la cantidad de vino empleada.

A cada libra de vino así preparada agréguese:

Tátrito antimonial de potasa una dracma - cuélese.

PURGANTES

Primer grado

Recipé. Onza y media de escamonea de Alepo.

Seis dracmas de raíz de turbit.

Jalapa, seis onzas.

Todo en polvo.

Aguardiente de veinte grados, doce libras.

Mézclase y póngase en infusión en el baño de maría durante doce horas a una temperatura de veinte grados, pásese por el támara y añádase el jarabe como sigue:

Sen de la palta: seis onzas.

Agua hirviendo: veinte y cuatro onzas.

Póngase en infusión durante cinco horas, cuélese exprimiéndole bien y añádanse después: tres libras de azúcar moreno, haciendo según arte un jarabe tal que cocido y añadido a la tintura no la enturbie.

Segundo grado

Recipé. Escamonea de Alepo, dos onzas.

Raíz de turbit, una onza.

Jalapa, ocho onzas.

Todo en polvo.

Aguardiente de veinte grados, doce libras.

Hágase lo mismo que se ha dicho para el primer grado añadiendo a esta tintura el siguiente jarabe.

Sen de la palta, ocho onzas; agua hirviendo, dos libras.

Póngase en infusión como se ha dicho y añádanse dos libras y media de azúcar moreno, haciendo el jarabe como va indicado.

Tercer grado

Recipé. Escamonea de Alepo, tres onzas; raíz de turbit, onza y media.

Jalapa, doce onzas.

Todo en polvo.

Aguardiente de veinte y un grados, doce libras.

Lo mismo que se ha dicho para la infusión, y añádase el siguiente jarabe.

Sen de la palta doce onzas; agua hirviendo libra y media, póngase en infusión como se ha dicho y añádase dos libras de azúcar moreno.

Hágase un jarabe como los precedentes.

Cuarto grado.

Recipé. Cuatro onzas de escamonea de Alepo.

Raíz de turbit, dos onzas.

Jalapa, una libra.

Todo en polvo.

Aguardiente de veinte y dos grados, doce libras.

Póngase en infusión como se ha dicho, cuélese; y añádase el jarabe siguiente:

Sen de palta, una libra; agua hirviendo, dos libras.

Póngase en infusión, cuélese y añádase:

Azúcar morena, libra y media; haciendo el jarabe con el cuidado que se ha encargado.

Dosis de los evacuantes

Los evacuantes en general, como capaces de producir un efecto ostensible exigen la circunspección debida a los órganos sobre que obran. Los que provocan el vómito piden más cuidado que los que no operan sino por las vías inferiores.

Cuando se empieza la curación de un enfermo, las dosis se deberán determinar según su sensibilidad presunta como se dirá más adelante, bien entendido que tan imposible es conocer la sensibilidad respectiva de cada uno con respecto a la acción de los catárticos en general antes de haberla experimentado, como advinar entre muchos hombres cual podrá beber más vino sin embriagarse. La incertidumbre es igual en los dos casos. Es menester estudiar a tientas la sensibilidad de los enfermos, que aún no han usado de estos evacuantes, hasta que la experiencia fije el volúmen que les puede convenir. El que está familiarizado con el uso de este método, tiene una ventaja sobre el que no lo está. El primero teme poco las enfermedades agudas, porque conociendo las dosis que le convienen, no puede equivocarse tomando menos de lo que su situación puede exigir.

Dosis del vomitivo purgante

Para las personas mayores de uno y otro sexo regularmente constituidas, y sin vicio de conformación la dosis será de una cucharada.

A las personas endebles, delicadas, o que llaman nerviosas, a las que están mal conformadas o enfermas de mucho tiempo, a las que sienten mucho el vómito, o le temen, se les administrará la cucharada como a los adolescentes, o como a los niños.

A los adolescentes de uno y otro sexo no valetudinarios ni débiles se les dará una pequeña cucharada, más pequeña cuanto más débiles.

A los niños de seis a siete años media cucharada, más ligera para los que aún no tengan esa edad.

A los niños de dos o un año, una cuarta parte de una cucharada más o menos ligera.

A los niños de menos de un año, se les disminuirá esta última dosis, reduciéndola a algunas gotas para el que acaba de nacer.

Se debilita la acción vómica o nauseativa, y se la determina ciertamente a obrar por las vías inferiores más que por el vómito, mezclando la dosis que ha de administrarse con té hecho con agua, ligero, caliente o frío, con azúcar si se quiere, en cantidad de dos cucharadas para las personas mayores y de una para los niños. Sucede con frecuencia que en lo sucesivo se viene a conocer la necesidad de usar del vomitivo purgante puro y sin mezcla, sobre todo en las personas mayores y en las que padecen afectos que necesitan un sacudimiento vómico para atacar el sitio o residencia del dolor. Esta especie de amalgama es por lo común un aumento de precaución que puede ser inútil, pero la prudencia la exige en las personas débiles y delicadas, en las que temen vomitar, y en los niños. Para los más chiquitos una ligera cucharada de jarabe de azúcar o de té bien azucarado son excelentes para esta mezcla.

Si en el término de siete cuartos de hora la dosis administrada no obrare ni por arriba ni por abajo, es seguro que es muy débil y se deberá repetir otra en los mismos términos.

Hay individuos que son más difíciles de mover de lo que se creía, y a veces para obtener los efectos de este evacuante hay precisión de repetir hasta cuatro o cinco dosis, según la mayor o menor actividad de aquellas porque se ha empezado, observando el intervalo de hora y media entre cada una.

Esta observación, fija la regla que han de seguir todos aquellos que en el transcurso de la curación, o en el principio no obtengan la evacuación de la dosis o las dosis que hayan tomado. Es decir

que deberán aumentarla. El que tomando por primera vez el vomitivo purgante, se haya visto obligado a repetir segunda toma al cabo de siete cuartos de hora, cuando en lo sucesivo hubiere de hacer nuevamente uso de él, deberá tomar en una sola vez, porción equivalente a las dos que fueren necesarias, y el que haya tomado tres o más sin que le hayan producido efecto, deberá tomar en una sola vez un poco menos de aquella cantidad, una que antes tomó en veces repetidas.

La acción de una dosis tiene por regla el número de evacuaciones que deberá producir. Este número deberá ser en las personas mayores de siete a ocho evacuaciones, sea por vómito, sea por las vías inferiores, y contando unas y otras. Pero la dosis que produjere hasta doce por estas últimas vías no deberá disminuirse porque es ventajoso evacuar por ellas como se dirá en el artículo del purgante. Los más favorecidos son aquellos que con una misma dosis vomitan tres o cuatro veces bien y evacuan seis u ocho por abajo. Entiéndase esto mismo en los adolescentes y niños en proporción de su temperamento y edad; aunque las evacuaciones no sean tan numerosas, deberán siempre ser bastante copiosas para que produzcan un vacío regular.

No hay que admirarse si el vómito purgante no obra del mismo modo en el mismo individuo todas las veces que se le tome; habrá en que obre por arriba y por abajo, otros sólo por arriba o sólo por abajo. Estos efectos proceden de la situación de las materias o de la disposición del cuerpo, para expeler más bien por una vía que por la otra. No obra tampoco del mismo modo en todos los individuos. Hay personas que vomitan mucho y con facilidad, hay otras a quienes nada les hace vomitar.

Esta poderosa razón es la que prueba que el emético, propiamente tal debe ser desterrado de la práctica, pues no puede menos de ser perjudicial y excitar el vómito en un individuo, cuyo estómago se resiste absolutamente a esta especie de evacuación. Por esta misma consideración la parte vómica deberá ser contrabalanceada y aún dominada por la parte purgativa, como se ha dicho. Con esta composición y por consecuencia de esta mezcla las personas que no pueden vomitar lograrán por las vías inferiores evacuaciones abundantes, numerosas y proporcionadas al volumen de las dosis, sin que este evacuante deje de obrar en las primeras vías, aunque no con tanta prontitud como si se produjese el vómito.

Los que a la primera toma observasen, que han vomitado tan pronto, que el remedio no ha tenido tiempo de penetrar hasta las vías inferiores, no por eso deberán tomar la siguiente más fuerte

como lo podrán hacer los que solamente evacúan por las vías inferiores; se expondrían verosimilmente a experimentar una gran fatiga procedente de los repetidos vómitos.

Dosis del purgante.

Las personas mayores de ambos sexos empezarán el uso del purgante por la dosis de dos cucharadas llenas.

Las personas débiles o ancianas, no deberán empezar sino por una dosis más ligera, como una cucharada o cucharada y media.

Los adolescentes empezarán por una cucharada más o menos ligera.

Los niños de uno a dos años, y más chicos, por la tercera parte de una cucharada, poco más o menos.

Los de dos a cuatro años por media cucharada.

Los de cuatro a seis años por dos terceras partes de una cucharada.

No hay enfermo entre las personas mayores y que están en la flor de la edad que deje de experimentar con cada dosis a lo menos doce evacuaciones, es decir que no evacue doce veces, durante el efecto de esta misma dosis. Hay otras que experimentan diez y ocho y hasta veinte, y por consecuencia se alivian más pronto. No menor efecto deberá proporcionalmente producir la medida en los ancianos, o valetudinarios y cacoquímicos, cuyas evacuaciones, por lo comun no pueden pasar de ocho a nueve. En los niños de una tierna edad estas evacuaciones deberán ser de cuatro a cinco, y en los de dos a seis años de seis a ocho. Sin embargo se deberá advertir que si el enfermo, sea de la edad que fuere, evacua tantas veces como las personas mayores y robustas, no se deberá extrañar ni disminuir la dosis si le resulta alivio, si no, se deberá disminuir.

No sería inútil advertir, que siendo el objeto de este método provocar la evacuación de los humores viciados, no tanto deberá calcularse por el número de cursos, como por la abundancia de las materias expelidas. Esta observación se extiende a todos los casos y a todos los enfermos de cualquier sexo y edad. Una azumbre de humores o de corrupción evacuados valen ciertamente más que doce a quince evacuaciones insignificantes por su escaso volúmen.

Pedro Martínez en su obra ya citada sobre la medicina curativa de Le Roy, añade los siguientes grados (p. 100):

«Si usando el cuarto grado, en la dosis últimamente señalada de dos onzas, no produjese el efecto deseado, deberá administrarse al enfermo el quinto grado en la misma cantidad; si aún se resistiese

la causa, ayudando a la naturaleza con otros medios que se dirán, se usará el sexto grado en la misma cantidad de dos onzas.

Si fuese tan rebelde la enfermedad, que no cediese a los esfuerzos de este grado, y a los auxilios que (como se ha dicho) se indicarán; se pasará a usar el séptimo grado, también dado en la cantidad de dos onzas, y auxiliado como se prescribirá y explicará.

En conclusión, si la enfermedad fuese tan grave, y tan tenaz, que no cediese a los esfuerzos e impulsos del séptimo grado, administrado como se ha dicho; se usará como último recurso el último y octavo grado, en la misma cantidad de dos onzas, y con la misma ayuda que los demás; aumentando sucesivamente esta cantidad por medias onzas, hasta que se consiga el efecto deseado; sin arredrarse, y mostrando una constancia inaudita, que las más de las veces es la que salva la vida del enfermo, como se verá en los casos prácticos.

Se podrán mezclar estos ocho grados para formar siete intermedios. Por ejemplo: mitad del primero, y mitad del segundo formarán el primer grado y medio. Mitad del segundo, y mitad del tercero formarán el segundo grado y medio; y así de los demás».

La Academia de Medicina de París, en su sesión de 6 de mayo de 1823, aconsejó la prohibición del remedio del señor Le Roy, basándose en los siguientes hechos: (pag. 12 y sigs. del informe más arriba citado).

«Después de haber probado incontestablemente que el remedio de Mr. Le Roy se compone de drásticos violentos en dosis extremadas, y de haber patentizado su modo de obrar sobre los tejidos vivos y sus efectos consecutivos sobre la economía animal; la Academia, asegurada de las indicaciones lógicas que le han subministrado estos datos generales, hubiera podido, con justo título y funcionamiento bastante descargar el golpe de su reprobación sobre este supuesto remedio, pero ella ha creído no debía contentarse con estas pruebas, y sin conocer además este arcano por vías directas, y juzgarle por sus propios efectos.

La Academia, sobre todo, ha formado aquí su opinión a consecuencia de un conjunto de hechos accidentales y de enfermos que, cediendo a insinuaciones extrañas, hacían uso del medicamento, y después reclamaban los socorros del arte para combatir con ellas sus mortales efectos.

Véanse desde luego los síntomas que con bastante frecuencia se observan en las personas a quienes se ha administrado el remedio. Poco después de tomado provoca vómitos considerables, ansiedad profunda, pasmos en la región superior del vientre, sofocación con

muy dolorosa opresión del pecho, desfallecimientos continuos, palidez de rostro y su descomposición hasta el punto de reducirlo al estado que se conoce con el nombre de cara hipocrática: muy pronto se declaran deposiciones de vientre, tan frecuentes reiteradas que hay trabajo en creerlo; arcadas continuas; dolores con frialdad de las extremidades inferiores; sensaciones repetidas de frío en la región del vientre y escalofrío general; el pulso se pone débil, concentrado frecuente y muchas veces intermitente: cuyo estado se prolonga días consecutivos, y es felicidad conseguir que cese por los bien entendidos medios de una curación ilustrada.

Nada tienen que sorprenda semejantes resultados: hasta ahora, en buen método curativo, no se ministraban los drásticos sinó en dosis muy pequeñas; hasta ahora se contentaban de hacer este una sola vez; y si se reiteraba su uso, era siempre a distancias convenientes: hasta ahora también se procuraba moderar su acción por combinaciones más o menos eficaces. Le Roy, por el contrario, ha llevado estas substancias a dosis tan excesivas, que el mismo las disimula; y no solamente no ha tratado de minorar su irritante efecto, sinó que lo ha aumentado aún, tomando por excipiente de estas materias resinosas el alcohol, o espíritu de vino de 22 a 23 grados. Hasta ahora se habían igualmente circunscripto a un círculo bastante estrecho las circunstancias en que son convenientes los drásticos: Le Roy, en su empirismo, los prescribe tanto en enfermedad como en salud a título de preservativos y también de curativos, sigue administrándolos, y prolonga su uso por muchas semanas y aún meses consecutivos. Es difícil imaginar un estado enfermo para el que no se aconsejen estos medios violentos, según teórica de que se avergonzarán aún los médicos de Moliere, y en un tratado en que la audacia y la mala fe se las disputan con lo absurdo y lo ignorante.

Sería demasiado largo repetir aquí todo lo que muchos de los prácticos que componen la Academia han observado y referido de los sensibles efectos de este remedio, que con más frecuencia han visto todavía los médicos destinados a los hospitales civiles y militares, testigos de sus estragos; de cuyos detalles nos abstenemos, aunque no podamos resistir a la necesidad de hacer mención del hecho siguiente.

Se observaba desde algún tiempo en uno de los regimientos de la guardia real, que el número de las enfermedades era mucho más considerable que de ordinario, y mucho más considerable también que en los demás cuerpos militares. En medio de este movimiento extraño llegaban los hombres al hospital con síntomas de tal modo uniformes, que los médicos no podían equivocarse. La causa de la enfermedad y el lugar de donde venían los enfermos se deter-

minaba a la primera inspección. En efecto se supo muy prontamente que un curandero, infatuado con el remedio de Ley Roy, se había introducido en el cuartel, y que abusando allí del carácter fácil y de la simplicidad confiada de los soldados, hizo tantos enfermos, cuantos eran los engañados.

En resumen general, los dolores de cabeza pertinaces, las perturbaciones mentales, agudas o crónicas, las inflamaciones de diversa naturaleza en los órganos de la respiración y las del estómago e intestinos, las disenterías, las inflamaciones del hígado vivas o lentas, las obstrucciones y scirros del píloro, las ulceraciones de los intestinos: tales son las resultas frecuentes de la sumministración de este superior remedio, y muy a menudo la muerte fué su terminación deplorable.

Para añadir, si es posible, algo más a la evidencia de estas demostraciones prácticas, se han tentado experimentos sobre los animales vivos. Cuatro perros sufrieron este género de ensayo: a dos de ellos, de casta mestiza, bastante fuertes y gordos, se introdujeron en el estómago, por medio de la tiente y una geringa, cerca de tres cucharadas del purgante en tercer grado: ninguno lo vomitó; pero no tardaron ambos en manifestarse incomodados, con estremada agitación y como en movimientos convulsivos: a esta agitación sucedió un considerable decaimiento sin ninguna evacuación ester coral en el uno, y si muy abundante en el otro: dos horas después de la introducción del líquido fué abierto uno, y pasadas otras dos el compañero. En ambos se vieron inflamaciones en zonas o fajas desiguales, y mucho mayores en los últimos intestinos y en el estómago que en la porción media del conducto alimentario. En muchas partes se notaban manchas de color violeta que tiraba a negro, diferenciándose poco sensiblemente en los dos perros la intensidad de las señales de la inflamación. Desde la boca hasta el ventrículo se halló en uno solo una ligera inflamación, causada sin duda más por la introducción de la tiente, que por la actividad del medicamento.

En el recto de dos perras de aguas de mediana gordura se introdujeron cuatro cucharadas del líquido en tercer grado, tapando inmediatamente aquel para impedir la salida: después de atadas, se pusieron ambas en un aposento cerrado. El tiempo faltó para observarlas con bastante cuidado; pero no manifestaron mucha agitación. Abierto el vientre de ambos animales quince horas después de haberles introducido el líquido, fueron inmediatamente examinados sus intestinos; yendo de atrás para adelante: el recto y los gruesos intestinos estaban fuertemente inflamados, y contenían cantidad considerable de un fluido amarillento con muchas materias grises, medio sólidas y medio líquidas: algunos puntos se hallaron

despojados de su membrana mucosa, y otros estaban negros y gangrenados: en el duodeno había señales incontestables de inflamación, y también las había en el estómago.

A todas estas consideraciones, deducidas de diversas investigaciones científicas, creémos deber añadir los juicios de la opinión pública.

La Academia ha recibido de las oficinas de su Excelencia graves quejas contra el drástico o purgante violento de Le Roy, dirigidas por diversas autoridades.

Muchos prefectos han transmitido noticias que por su importancia, y por la gravedad de los hechos, han despertado ya la solicitud de la administración superior.

Entre otros corregidores, los de Rennes y el de Metz se han creído obligados, a prevenir a sus pueblos por carteles para que estén vigilantes contra los peligrosos resultados de este arcano.

Muchos casos de muerte, sucedidos a consecuencia de la subministración de este medicamento, se han llevado ante los tribunales; y si la culpabilidad ha sido justamente repulsada por no estar bien establecida, la opinión pública no queda por esto en menor alarma.

Varias denuncias apoyadas en detalles circunstanciados de hechos, se han expuesto por un gran número de juris médicos establecidos en los departamentos, y casi todas presentadas a su Excelencia.

Hace mucho tiempo que diversos periódicos de medicina han recogido y publicado gran porción de observaciones, todas contestes sobre la acción funesta, en distintos grados, de este remedio.

La correspondencia particular de la Academia ha presentado sucesivamente fuertes acusaciones llegadas de varios puntos de la Francia, y dirigidas por diferentes sociedades de medicina, o por médicos particulares.

El consejo de salubridad, que tiene junto a si el Sr. Prefecto de Policía, ha manifestado también todos los peligros de este remedio, a fin de poner al público en vigilancia.

El concejo de sanidad creado en Pointe-à-Pitre ha dirigido a su Excelencia el Sr. Ministro Secretario de la Marina y Colonias dos informes, que instruyen de un modo general las consecuencias peligrosas que trae consigo el purgante de Le Roy, y que citan además cinco casos de muerte sucedidas a consecuencia de haberlo administrado.

De las observaciones y hechos que preceden ha deducido la Academia las conclusiones siguientes:

Considerando que el Sr. Le Roy ha presentado al gobierno una receta distinta de la que él emplea para la preparación de su medicamento:

Considerando que este remedio, en el estado que se vende, es compuesto de drásticos violentos, elevados a dosis extremadas, cuyos funestos efectos se aumentan todavía dándole por excipiente el alcohol de 22 a 23 grados; como también repitiendo y prolongando su uso con exceso.

Considerando que los drásticos, administrados de este modo sin reserva y sin medida, ejercen sobre la economía una acción análoga a los venenos caústicos.

Considerando, en fin, las víctimas sin número que tiene hechas el remedio de Le Roy, las quejas y acusaciones que contra él han llegado de todos los puntos de la Francia:

Juzga la Academia que es urgente prohibir, en cuanto le permite la legislación actual, la venta y distribución de este supuesto específico:

Ella juzga asimismo que el mejor medio de ilustrar, como es conveniente, la opinión pública sobre los peligros de este medicamento, sería la publicación y copiosa distribución del presente informe, a fin de que los administradores de aquel, las gentes del arte y el pueblo tengan un perfecto conocimiento de los riesgos de este supuesto remedio.

Leído y aprobado en la sesión general de la Academia Real de Medicina el de Mayo de 1823. — Paris hoy 16 de Mayo de 1823.

El Secretario perpetuo. — E. Pariset.

ADVERTENCIA:

El periódico francés *L'Observateur des sciences médicales* que contiene el documento anterior, puede leerse donde se vende esta su traducción.

El Tribunal de Medicina de Buenos Aires, en su reunión de 25 de octubre de 1824, aconsejó también la prohibición del remedio de Le Roy, tal como se puede ver en los siguientes documentos, cuyos originales se encuentran en el Archivo General de la Nación.

Octubre 27 / 824.

El D. D. Franco Rivero — Miembro del Tral. de Medicina.

Hace presente al Tral. expresado en sesión del 25 del corriente, por moción de su presidente, ha expedido un decreto (que a la le-

tra transmite) prohibiendo la administración y fabricación del Panquimagogo.

El exponente dice, que oyendo el voto de los SS. del Tral. y la voz de su propia conciencia y honor no ha podido menos que disentir de aquel acuerdo, por que lo creo fundado en un supuesto incierto, y opuesto a las circunspección y solidez que deben reglar resoluciones generales de tan delicada naturaleza. — El que expone cifra su juicio — de que no consta al Tral que este medicamento hayga causado males a la salud pública — en que no deben considerarse inherentes a dicho remedio las consecuencias que resultan de su mal uso — en que no se puede asegurar sin temeridad que en virtud de los simples que componen este medicamento, en que suponiendo a este remedio peligroso, lo que concierne tan solo es adoptar medidas prudentes, entre las que sin duda sería la más oportuna ilustrar primero la opinión facultativa y la pública sobre un asunto que ya se ha hecho de tanta trascendencia. — El exponente dice haber ya manifestado al Tral. su dictámen reducido a que en cumplimiento del Reglamento y Leyes se prohiba la falsificación y despacho arbitrario de la medicina del Sor. L. Roy y a que se invite a los facultativos a ilustrar la materia.

PROYECTO

Expresa a que el Tral pasa la comunicación que expresa el acuerdo que se inserta.

A la firma

(Archivo General de la Nación. Gobierno Nacional. — 1812-1836. Tribunal de Medicina. S. V. C. 7. A. 2. N° 1. Ms. original. Buena conservación. Letra inclinada. Papel sin filigrana. Tamaño de la hoja doblada, 21½ x 31 cms. Interlínea, 1 cm. Hay un sello que dice Archivo General de la Nación. República Argentina. V° B° Corbet France).

El abajo firmado tiene el honor de manifestar al Sor Ministro de Govo pa. qe. lo haga presente a S. E. — qe. el Tribunal de Medicina en sesión del 25 del corriente por moción qe. hizo su Presidente ha acordado que — Vistos los estragos qe. ocasiona á la salud pública el Medicamento del Sor. Le Roy. o Panquimagogo se prohiba su fabricación y despacho en todas las boticas, pidiendo antes al Sup.or Go. impida su introducción del extranjero, y que el Tribunal ilustre al publico sobre los inconvenientes, qe. trae consigo el uso de este remedio. — El qe. subscribe oyendo el voto de los S. S. del Tribunal, y la voz de su honor y conciencia ha disentido del acuerdo del Tribunal, por qe. lo considera fundado en un supuesto incierto, desconocido al Tribunal (de qe. es miembro el qe. subscri-

be) y opuesto a la circunspeccion, y solidez qe. deben reglar resoluciones generales de tan delicada naturaleza, y trascendencia, y fixa su juicio en este punto baxo las condiciones sigts.

1° No consta al Tribunal qe. el uso del medicamto. del Sr. Le Roy o Panquimagogo halla causado estragos en la salud publica.

2° No deben considerarse inherentes a dicho remedio las consecuencias qe. resulten de su abuso ó mala administrasion.

3° Nadie puede asegurar sin temeridad qe. el uso del denominado Panquimagogo, en virtud de los simples qe. lo componen sea absolutamente nocivo: es por consecuencia abanzada la medida de su absoluta privacion.

4° Aun quando el Remedio del Sor. Le Roy huviesse de conciderarse peligroso, y adoptarse en consecuencia por el Tribunal algunas medidas; la mas prudente, y sin duda la mas provechosa, seria ilustrar primero la opinion facultativa, y la publica sobre un punto qe. sobre ser por ahora entre los facultativos rigorosamente. problematico, envuelve tambien por una parte el interes, y predisposicion universal, qe. el medicamto. ha adquirido en el publico y por otra el acaloramto. de aquellos facultativos, qe. han estudiado, y qe. solamente la observacion y la experiencia deven comprobarlos.

El abajo firmado al manifestar al Sor. Ministro Secto. de Govo. los principios qe. le han dirijido pa. negarse á qe. cumpliendo con sus deberes haga observar el Reglamto. y Leyes del Tribunal pa. impedir la falsificación, despacho, y administracion general, y arbitraria qe. se esta haciendo por personas qe. no estan facultadas, del remedio del Sr. Le Roy: Que el Tribunal invite a los facultativos, á qe. le dirijan memorias instruidas del juicio qe. cada uno forme sobre el medicamto. en question, acompañados de las observaciones, qe. halla suministrado su practica, y experiencia: Que reunidos estos documentos verdaderamente justificativos, el Tribunal illustre su juicio, y si este fuere contrario al uso de este remedio, resuelva una discusion publica ante la Academia de Medicina, quien devera hacer las experiencias, y ensayos qe. crea conducentes al objeto, y sin perjuicio de extenderlo por la prensa, pa. qe. las resoluciones lleven el caracter de savias, prudentes, meditadas, y sobre todo imparciales.

De este modo se consulta el adelanto qe. produce siempre el comercio, y encuentro de las ideas, y de las experiencias: se tributa la debida concideracion á la delicadeza, y gravedad del asunto, y á la obscura senda por qe. es preciso conducirse pa. arribar a un juicio solido; y se evita finalmente una medida qe. no es averiguado qe. se encierra dentro de los límites de las facultades del Tribunal, ni aun del Govo. mismo.

Estos mismos principios dirijieron sin duda á la Academia de Medicina de Paris, quando publicando una memoria, en que ella creia provado el peligro del uso del remedio del Sor. Le Roy, no se atreve sin embargo á proponer su absoluta privacion, y se reduce solamente á aconsejar, qe. la memoria misma se haga tan publica, como lo era la obra del Sor. Le Roy, y sobre estas bases es qe. se apoya el parecer del abajo firmado, qe. tiene el honor de saludar al Sor. Ministro Secro. de Govo. con el mas profundo respeto;

Bs. As. y Oebre. 27 de 1824

Franco. Rivero

(Archivo General de la Nación. Gobierno Nacional, 1812-1836. Tribunal de Medicina S. V. C. 7. A. 2. N° 1. Ms. original Letra inclinada. Buena conservación. Folio. 4 pp. 1 bl. Papel con filigrana. Tamaño de la hoja doblada, 21½ x 31½ cms. Interlínea, 1 cm. Hay un sello que dice: Archivo General de la Nación. República Argentina. V° B° Corbet France).

En 1831, aparece impreso un proyecto de informe suscripto por Cristóbal Martín de Montufar, sobre la representación de Pedro Martínez, acerca del uso de la medicina curativa de Le Roy, en los hospitales, y que dice lo siguiente: (pag. 2 y sigs).

Proyecto de informe

Excelentísimo Señor:

El Tribunal de Medicina en cumplimiento del precedente decreto de V. E. ha leído la representación de Don Pedro Martínez en solicitud de que en los hospitales de esta capital se pongan en práctica el remedio y método de Mr. Le Roy exclusivamente, según se deduce de su contexto.

Al producir su informe, el Tribunal siente haber de excederse de las pocas líneas, que en otras circunstancias bastarían al desempeño de esta obligación. Pero el solicitante insiste, y se esfuerza en hacer creer verdadera la doctrina de M. Le Roy, y en consecuencia ofrece grandes ventajas a los enfermos; promete ahorros al erario del estado; acusa una oposición que hace a estos bienes «del capricho u orgullo en consonancia con intereses privados»; supone misterios,

y pide que se hagan cesar; en fin, implora la protección de V. E. indicando que ya es tiempo de que «la verdad triunfe», promesas e imputaciones, cuyo valor debe ser apreciado únicamente por el que merezca la obra de Mr. Le Roy contenida en los dos tomos impresos en Valencia; pues que de lo contenido en su representación y en los dos tomos, que de los cuatro adjuntos le pertenecen, lo que no es copia literaria de aquéllos, tiene el mismo orden, el mismo espíritu y el mismo fin.

El preciso pues, dar a conocer el modo más satisfactorio posible la doctrina de Mr. Le Roy; y así quedarán naturalmente desvanecidas ilusiones que comprometen la salud pública tanto, cuanto ellas son lisonjeras a los enfermos, y halagüeñas para los que ansían aparecer sabios y filántropos, y para los que tratan de enriquecerse haciéndose médicos de opinión a poca costa.

En este trabajo tan justificado por la importancia de su objeto, sin la cual lo haría superfluo y aun ridículo la materia en cuestión, el tribunal usará de principios y voces que estén al alcance de todos, consultando con la claridad la brevedad posible.

Desde luego se advierte ilusorio su título *Medicina curativa*. ¡A cuántos incautos ha debido arrastrar título tan seductor! Pero a él es acreedor todo medicamento; porque en la profesión aquella voz curativa no solo se aplica a la indicación de batir la causa, o destruir el origen de las enfermedades, sino también a los medios, o medicamentos que se emplean para cumplirla; y la curación que de ello resulta, se llama *radical*. ¿Cuál será el medicamento que no puedo tener lugar respectivamente en estos casos? Sin embargo, Mr. Le Roy defiende aquel título como pertenencia exclusiva de su obra, suponiendo, con injusticia, que hasta ahora los médicos no han hecho otra cosa que esperar y paliar y acompañando esta inexactitud con el sarcasmo, con cuya arma en estas materias, de ordinario se alucina a la muchedumbre. Tal animosidad quedará castigada con el convencimiento.

Ello es innegable que desde que hay medicina, su primer y principal objeto ha sido y es curar *radicalmente* las enfermedades, cuya desaparición no comprometa la vida del paciente. Los extensos estudios, los grandes trabajos anatómicos y las penosas observaciones clínicas, las prolijas autopsias cadavéricas, todo, todo no ha tenido ni tiene otro fin que adquirir el conocimiento del origen de las enfermedades para cumplir debidamente tan obvia como interesante indicación. Solo dudará de esta verdad el que no haya saludado las aulas de la medicina.

Es sin embargo, cierto que aquellos desvelos no en todos los casos han correspondido a los deseos. Mas, ni esta desgracia, ni cosa alguna da un justo motivo para tener por verdadera la causa imaginaria a la noche sobre el bufete, o en la cama al despertarse, sin otro fundamento que el explicar por ella los fenómenos morbosos con la facilidad que ofrece el destino. Para establecer la suya, Mr. Le Roy no ha dado prueba de más valor que ésta como se verá en adelante.

El médico digno de este título, no descuida pues la investigación de la causa próxima de la enfermedad: hallándola, no se desvía de la indicación curativa; y cuando aquella no es manifiesta, no se apoyará en hipótesis arbitrarias, como lo ha hecho aquel autor vagando a oscuras por los espacios de su ofuscada imaginación; sino que, ilustrado con los conocimientos de la medicina, hermanados con los que le prestan las ciencias auxiliares, acudirá a las causas predisponentes, a las ocasionales, a los síntomas, a las circunstancias topográficas, a las del individuo, etc., etc.; y de todo formará una combinación luminosa, con la cual oyendo a naturaleza, llenará acertadamente la indicación curativa; más: satisfaciendo esta misma indicación curativa dará a la *paliativa*, cuando convenga, la parte que merezca, y que Mr. Le Roy le niega, concediéndola solo en las enfermedades incurables. (Medicina curativa, impresión de Valencia: pág. 57 y 82). Sobreviniéndolo (en toda enfermedad) un vehemente dolor, una prolongada vigilia, etc., ¿no

echaría mano de los paliativos, cuando no se advierta contraindicación alguna? ¿No calmaría estas molestias, que siempre ofrecen traba a la naturaleza? Oponerse a esto no acredita, no, un buen sentido. Solo Mr. Le Roy quiere se purgue y más se purgue — desvarío, que después se hará patente.

Para lograr el momento oportuno de usar de uno, o de otro medicamento, el buen médico se entregará a veces a la expectación. Pero aquel autor, siguiendo su tema, se opone a esto, y lo critica también con acritud. ¿Ignorará acaso, que expectación en un médico tiene el mismo valor que observación? ¿O creerá que aquella lo constituye un simple, y ocioso espectador de teatro? El buen médico debe escuchar a la naturaleza, meditar y estar alerta para no turbarla en sus saludables intenciones, y movimientos, o ayudarla cuando ella lo necesita; en lo cual invertirá más o menos tiempo según la obscuridad con que ella se exprese, o la lentitud con que obre.

Conducirse como quiere Mr. Le Roy, es querer tratar la enfermedad, según expresión de un escritor en asunto análogo a este, como si se atacase bruscamente a una fortaleza para a todo trance tomarla por asalto. ¡Cuán funesto sería el uso de sus purgantes cuando naturaleza con bastante poder para vencer la enfermedad, preparada ya y determinada a la crisis por sudor, flujo de sangre, orina, etc., se le desviase del camino elegido por ella, como se le desviaría infaliblemente!

A pesar de lo absurdo y ridículo que debe parecer al hombre de buen sentido una oposición a lo expuesto sobre expectación y *paliar*, ella es sostenida por los Le-roystas apoyándose en el precepto médico. *Quó natura vergit, eó ducendum est*, y que lo repiten a cada paso porque Mr. Renard lo trae al mismo objeto. (Ibidem, pág. 404). Pero sin pretender rebajar el mérito que pueda tener este autor es preciso decir que la aplicación que ha hecho de aquel precepto con tanta generalidad, ha sido poco meditada porque si se debe seguir la marcha de la naturaleza, que

es lo que allí se encarga, sólo será cuando aquella sea dirigida hacia la salud. Mas para conocer esta marcha ¿no será preciso las más veces observar con más o menos detención? Al anunciarse espontáneamente una evacuación cualquiera ¿no se considerará obligado alguna vez el médico a esperar a que se declare crítica o sintomática (buena o mala), para obrar del modo más seguro posible? Y aun siendo ella favorable ¿no esperará también a asegurarse si naturaleza necesita, o no que se le ayude? Empeñarse en ayudar a naturaleza sin necesitarlo ésta, es comprometerla, es perjudicarla.

Aumenta la ilusión de aquel título el agregado como sinónimo: «*Purgación dirigida contra la causa de las enfermedades.*»

Es fácil concebir cuán seductora debe ser también para la muchedumbre una tal promesa. ¿Qué enfermo de éstos no abrazará el partido de expeler la causa de sus padecimientos por la vía, y del modo palpable, con que diaria y naturalmente arrojan con descanso las superfluidades que los molestan? ¡Cuánto fortificarán esta ilusión los prestigios que presentan las variaciones de lo expelido, y las admiraciones y gestos del demostrador! Mas aquellas variaciones no son las más veces otra cosa que el resultado de la irritación que causa el mismo purgante, y que siempre será en razón compuesta de la energía de este y de la susceptibilidad del paciente. Empero los prestigiadores las ponderan, y los sencillos espectadores quedan emboados.

No presenta ya dificultad alguna calificar una obra, cuyo título es tan engañoso; y, en efecto, en esto es únicamente en lo que se halla entre ellos más conformidad; los errores que contiene aquella lo confirman. Un informe no es a propósito para demostrar todos profesionalmente: baste apuntar los que puedan darse a conocer aun por los que no sean de la profesión.

1er. Error. — Todas las enfermedades son producidas por una sola • idéntica causa próxima. (Ibiden, pág. 10, 11, 120 y otros lugares).

Esta peregrina idea constituye principalmente la base de la doctrina de Mr. Le Roy. No es posible llegar a creerse en los siglos venideros que tal ocurrencia haya tenido lugar en el 19. Su extravagancia se hace más sensible por los principios inconclusos que siguen.

1° Todas las funciones de nuestro cuerpo, tanto en el estado enfermo como en el sano, se ejecutan a consecuencia de movimientos.

2° Los agentes de estos movimientos son exclusivamente los órganos respectivos los sólidos.

3° Cada órgano en el estado de salud tiene su distinto modo de acción, y es el normal.

4° El modo de acción que se desvie del normal, producirá natural e inmediatamente (como causa próxima) un desorden en el ejercicio de las funciones del órgano a que corresponda, desorden que es propiamente lo que se llama enfermedad.

5° Siendo pues muchos y distintos los órganos, deben ser muchos y distintos los normales modos de acción, y por infalible consecuencia vendrán a ser en mucho mayor número, y siempre distintos, los posibles modos de acción que se desvían de aquellos. He aquí un incalculable número de causas próximas de enfermedades; y he aquí la necesidad de que sea médico digno de ese título el que haya de dirigir a un enfermo.

Es fácil concebir cuan extraviada es la hipótesis de una sola e idéntica causa próxima de todas las enfermedades. Aun se hará esto más palpable por la refutación que merece él.

2°. Error. — **La causa próxima de todas las enfermedades es la corrupción de los humores originada por la fermentación pútrida del germen de destrucción, o corrupción innata, que existe en ellos.** (Ibidem, pág. 2 hasta 12).

¡Germen de destrucción, o corrupción innata! Hubiéramos estimado mucho que Mr. Le Roy hubiese publicado el trabajo anatómico, el experimento físico, o químico, o la cosa que le haya hecho ver este germen; bien que el autor no parece hablar en este punto como médico sino como religioso; y tal vez sus méritos en esta parte le hayan hecho acreedor a una revelación divina. Mientras no sea así, el tal germen no merece ser considerado sino un ser puramente imaginario, que la medicina y el buen sentido rechazan con anatemas.

¡Fermentación pútrida del germen de destrucción! He aquí también la que más ha embaucado a la muchedumbre, creyendo comprobado todo esto y la gerga con que lo sostienen los embaucadores, por el fetor que despiden los expelidos con los purgantes de Mr. Le Roy, como si en el estado sano el olor fuese de ambrosía, y no sucediese también lo mismo por cualquiera otro purgante enérgico.

En el cuerpo humano, como en todo animal y vegetal no hay otra cosa con respecto al supuesto germen, que la tendencia a su descomposición en fuerza de las afinidades químicas, de que están dotados los elementos que los componen, pero que no las ejercen durante la vida; porque entonces estas leyes físicas que son exclusivamente las que dan lugar a la corrupción, están subordinadas a las vitales.

Dar valor pues a aquella hipótesis, es lo mismo que pretender que el muerto sea vivo ¿Quién ignora que en el momento de haber lugar la fermentación pútrida, se descomponen los principios inmediatos de los animales, muda de naturaleza el todo o la parte, en que se verifica este movimiento por consiguiente ya ha cesado en ella la vida?

Mr. Le Roy coloca su dicho germen en la *serosidad*, que dice «se compone de una parte de la masa de los humores del todo exprimida» (Ibidem: pág. 10). Mas en el estado de vida esta su *serosidad*, o sea lo que él quiere, circulando, como supone, (Ibid. pág. 11) debe ser protegida por las mismas leyes vitales. La razón menos ilustrada no dejará pues de comprender que en el hombre vivo no pueden alterarse los humores de un modo incompatible con la vida; y la putrefacción lo es.

En el empeño de llamar la atención hacia los humores, y fijar en ellos exclusivamente la causa de todas las enfermedades, Mr. Le Roy se precipita de abismo en abismo hasta contradecirse, y destruir sin advertirlo todo su sistema. Así es que después de sentar que «los sólidos están subordinados a los fluidos, puesto que en la formación del hombre procede todo un fluido como único principio (Ibidem, pág. 5)» y que a éstos deben su formación, su substancia y su acrecentamiento, viene a confesar «que el origen de los humores está en las entrañas (Ibidem, pág. 47)» lo cual es lo mismo que decir que ellos deben su formación a los sólidos.

Tal enredo no supone, no, muchos conocimientos fisiológicos, que son tan necesarios para saber medicina. Los sólidos no son formados por los líquidos, si hemos de hablar con exactitud fisiológica. En el embrión latente que es a lo que Mr. Le Roy parece llamar *fluido*, como *único principio*, y que (digámoslo así) de los órganos (que son los sólidos). Fecundando aquel, la vida comienza en el momento a desarrollar a estos; los cuales simultáneamente comienzan también a trabajar, y siguen trabajando el nutrimento, y todos los humores, que respectivamente necesitan para el recíproco envío, completo desarrollo y propia conservación con la lentitud y uniformidad, con que naturaleza continúa sus operaciones. He aquí más sensibles los perjuicios que se deben tener del error, y la justicia con que los impugnamos.

Porque es evidente, que siendo los humores, como se caba de insinuar, el producto del trabajo de los órganos, cuando estos estén sanos, han de ejecutar sus funciones arregladamente y por precisa consecuencia saldrán aquellos igualmente sanos; lo cual confiesa también aquel autor, aun que en contradicción a su práctica. «Admitamos (dice) que no hay vicio en los humores mientras que el individuo, que los contiene en sus vísceras, se halla en estado de salud» (Ibidem, pág. 8) y es digno de notarse, que queriendo eludir este fuerte y justo argumento, Mr. Le Roy acude a una hipótesis arbitraria y tan risible como violenta. Hay un período de tiempo, dice, en que los humores *adulterados ya, no incomodan*.

¿Quién se lo habrá revelado? Naturaleza no puede ser; porque las voces de su idioma en estos casos son el dolor, la molestia, etc.

Así también cuando el individuo esté enfermo, que deberá considerarse tal únicamente cuando las funciones de uno o muchos órganos estén desordenadas (4. Principio inconcuso) los humores deben infaliblemente salir alterados. He aquí evidenciada la necesidad de que el médico busque la causa próxima de las enfermedades, no en los humores, sino en los sólidos, que son los primitivamente afectados; pues que el efecto no puede preceder a la causa. Axioma que Mr. Le Roy pone en juego no pocas veces, aunque no siempre con oportunidad.

Aun concediendo *gratis* que alguna vez, por absorción, los líquidos sean alterados primitivamente, no por esto deben dejar de ser atendidos los sólidos cuando menos con igual preferencia. De la reacción de estos es que principalmente se debe esperar la corrección de aquellos: así lo vemos en la gangrena, lugar de la *fermentación pútrida*: si el sólido está con vigor, él solo es quien en este caso pone límites a aquella, y separa también lo muerto de lo vivo; y él es únicamente quien neutraliza, o bien hace sin alboroto la depuración de lo que haya podido absorberse. Mas si el sólido está débil, la gangrena se propaga, y el enfermo sucumbe. ¡Desgraciado aquel a quien en tal estado, se le desatendiese el sólido, y se le quisiese purificar con purgantes y más purgantes!

Por la misma razón, ni aún cuando esté indicado el purgar, se debe descuidar el sólido, ni administrar siempre unos mismos purgantes, ni usar en todos los casos de un mismo método de administrarlos. Todo esto se evidenciará más al manifestar el

3er. Error. — «Usar exclusivamente de los purgantes de Mr. Le Roy en todas las enfermedades. (Ibidem, pág. 84, 109 y otros lugares).

No hay duda que los purgantes, en general, son medicamentos de mucha importancia. Su uso no es nuevo; es tan antiguo como la medicina. Y el abuso de que de ellos han hecho los médicos vulgares,

ha dado motivo a la sátira de muchos filósofos, como lo observa un clásico escritor. Pero hace mucho tiempo que se hallan bien detalladas las circunstancias en que aquellos tienen lugar, y cuales han de ser los que según éstas se han de elegir.

Porque siendo irritantes ¿en las personas susceptibles, en las que son atacadas de una inflamación de estómago, intestinos, etc., etc., se podrá impunemente ni aún poner en duda los funestos resultados, que se deben esperar de la superirritación, que han de excitar tales purgantes en órganos tan sensibles? Porque si una buena conciencia jamás aconsejaría debilitantes a los debilitados, ¿no se debería considerar como un crimen tratar con irritantes a los ya irritados?

No es posible que Mr. Le Roy niegue esto. Así es que supone que sus purgantes no irritan; pues que les defiende con suavidad y frescura. (Ibidem, pág. 113 y siguientes). Mas si él habla acorde con su conciencia, entonces es preciso creer que ignora el mecanismo, con que obran. En efecto: es como un axioma que la abundancia de las evacuaciones que promueven cualesquiera purgantes está en razón directa con su actividad y energía, guardada consideración a su cantidad y repetición, a la constitución del que lo usa, y estado en que se halla accidentalmente. ¿O creería Mr. Le Roy que vivía en la época de las virtudes ocultas?

Para conocer su error en esta parte, basta saber que sus purgantes son resinosos. En los casos a que allí hace referencia en apoyo de aquella su falsa hipótesis, y suponiendo la inteligencia y buena fe que deben garantizarlos, sin duda tuvieron lugar la constitución del paciente, el hábito adquirido por la repetición de las tomas de los mismos purgantes o el estado de debilidad, en que por ellas debió caer el enfermo. Únicamente así pudo cesar el ardor y molestia, que al principio se hubiese manifestado.

Por lo que arriba queda dicho sobre la *espectación médica*, se hizo conocer cuan funesto sería desviar a naturaleza de un camino saludable; y que tendría un tal resultado el uso de estos remedios en los momentos de una crisis, o disposición a ella. Ahora se debe agregar que aún cuando el movimiento de vientre fuese el que la naturaleza intentase para terminar felizmente la enfermedad, sacándola con el uso de los purgantes fuertes de la lenta marcha, con que siempre trabaja en conservación de los individuos, la precipitarían con gran peligro de la existencia del paciente. Tales absurdos se presentan más terribles al considerar el

4º Error. — **Purgar en las enfermedades curables** (con la repetición y frecuencia que se encarga) **hasta que sane el enfermo, se asegure la curación y se precava la recaída.** (Ibidem, pág. 86, 123, 124, 125, 315, 340, 343).

El autor para desvanecer el recelo que naturalmente influía un error tan funesto afirma que «su purga no produce ninguno de los males, que incomodan a los enfermos ulteriormente o durante su acción» y que todo «es efecto de la serosidad puesta en acción» (Ibidem, pág. 124) de modo que, mientras el enfermo no sane, jamás se hallará un justo motivo, ni razón positiva para suspender el uso de los purgantes; y en efecto así es como se portan los pseudomédicos que los administran. Y es por esto que atribuyen con magisterio los casos desgraciados a no haber querido continuar con ellos el infeliz enfermo ¡Cuánto se afecta el alma al considerar que estos hechos son frecuentes y positivos! Como se resiste también el amor propio a contestar a tales desatinos! Mas el Tribunal de medicina, en asunto de salud pública: ¿Qué sacrificio podrá excusar? Dejando correr tan absurdas proposiciones, ellas darán motivo a estragos horrorosos.

Es verdad que sería peligroso omitir, o bien suspender un medicamento, siendo bien indicado; pero no siéndolo, su administración sería infinitamente más peligrosa, y siempre en proporción a su mayor o menor actividad. En efecto: en el primer caso naturaleza podría desenredarse de un enemigo (la enfermedad). Mas en el segundo tendría que lidiar con tres, la enfermedad, el remedio y su administrador, que ya daba pruebas de que ignoraba el idioma, con que naturaleza expresa sus exigencias, o su poder; sin cuyo conocimiento es imposible acertar en medicina, como ya queda insinuado en varios lugares. Las máximas que allí se sentaron y que ahora se deben recordar, solo podrán ser despreciadas por ignorancia de los conocimientos precisos para comprenderlas y aprovecharlas con oportunidad.

¡Cuán cruel sería igualmente el uso de evacuantes por el método en cuestión en las deprimentes pasiones del ánimo, como las originadas por las penas, disgustos, pesares, miedo, pavor, hasta que se disipasen! Sin embargo, Mr. Le Roy, señalándolas, también encarga en ellas el mismo uso (Ibid. pág. 19) ¿Acaso creerá que estas pasiones han de salir con lo expelido por los purgantes usados a su método?

Pero este último orden de causas presenta dificultades a aquel autor. El procura eludirlas; y en este empeño se la advierte la contradicción a sus mismos principios. No habiendo para él otra causa inmediata de las enfermedades que su serosidad corrompida, se ve en la necesidad de colocar estas afecciones entre las causas acasioneles. El dice que «se les atribuye... mas influencia de la que efectivamente tienen» y en seguida añade: «No negaremos sin embargo que muchos de estos afectos... son capaces de producir males de diferentes caracteres pues vemos a cada paso las tristes results de una fuerte impresión moral; y sabemos la perniciosa influencia que

ejerce sobre lo físico» ¿No es este un modo de obrar de una causa eficiente o, llámese, próxima?

Pero lo más singular es que esto lo dice también después de asegurar que no sucede cosa alguna al hombre que se expone a la acción de las causas ocasionales» sino cuando se halla en aquel momento en estado de plenitud de humores más o menos depravados». Esta confusión, esta contradicción le desfavorece mucho, y mucho más los ejemplos *tristes*, según expresión de el mismo, en personas sanas, y muertas tan instantáneamente que no podía tener lugar el desarrollo de su soñada *fermentación pútrida*, del *imaginario germen de destrucción*.

El extravío de Mr. Le Roy en el error en cuestión se extiende aún a suponer realizable, y aún realizado por su método, el escandaloso imposible de agotar los *humores corrompidos* para lograr la curación radical. (Ibid. pág. 324, y siguientes).

Porque este agotamiento debería hacerse de una vez, o muchas sucesivamente. Si lo primero, debiendo su *germen de destrucción*, luego que entró en *fermentación pútrida*, y produjo la enfermedad, asemejar a su propia naturaleza todos los humores, el paciente debe morir aún antes de la completa depuración de ellos, no pudiendo ya continuar la circulación por falta del cuanto humoral necesario.

Si lo segundo (esto es) si el agotamiento se ha de hacer en distintas veces, debiendo quedar siempre una parte de la masa de los *humores corrompidos*, éstos viciarán a los nuevos que el enfermo adquiriese por el alimento; (Ibid. pág. 343) y entonces la corrupción vendría a ser perpetua, e incurable la enfermedad. He aquí, sin pensarlo, anulada nuevamente la causa próxima de las enfermedades, la base de la doctrina de Mr. Le Roy, por sus propios principios; y he aquí también la magnitud del error en cuestión.

¡Cuántos y cuán justos reproches se agolpan a la imaginación al contemplar ocurrencias tan peligrosas, como singulares! Y son dignos de notarse también los medios de que usa para apoyarlas: ese ejemplo de la *cuba*, el *tonel*, el *mosto* y el *vino*, pudiera seducir a la muchedumbre. Pero no, no es a propósito el presente siglo para creer en fantasmas, ni admitir en fenómenos de seres vivos pariedad alguna con todo lo que acaece en seres inanimados; ni fundar esperanzas en la invención de un remedio universal.

A pesar de todo, Mr. Le Roy y sus secuaces se empeñan en sostener esos raros y funestos caprichos exhibiendo un gran número de casos, que llaman prácticos, con lo que pretenden haber formado *experiencia*, voz de que usa aquel autor con mucha frecuencia en favor de su doctrina: he aquí la ilusión más peligrosa para la muchedumbre.

La experiencia es en efecto la base fundamental de la medicina; mas ella no es un ciego empirismo, como el que presenta ese montón de sucesos parecidos a cuentos de entretenimiento: ¿O intentan que retrogrademos a los primeros siglos de la ignorancia, cuando se administraba a un enfermo un medicamento solamente porque había aprovechado a otro cualquiera? Ya no falta más que pedir se expongan a los pacientes en las plazas públicas y puertas de los templos para que logren así más fácilmente los beneficios, que por este medio esperaban conseguir los de aquella época; y aun esto; para establecer práctica en medicina, sería menos peligroso que esos certificados epistolares, que nos presentan.

Experiencia en medicina es el resultado de observaciones clínicas (esto es) hechas a la cabecera de los enfermos, por cuyo mayor o menor número ella se hace más o menos crecida. Su adquisición parece muy fácil a primera vista, porque al fin la observación clínica no viene a ser otra cosa que la historia de una enfermedad; pero es indispensable que sea científica. Mas ¡qué conjunto de conocimientos es preciso para ello! ¡Cuánto cuidado para en caso de muerte! ¡Cuánta exactitud al describirlas! ¡Cuánto método y claridad para apreciar los síntomas y signos ya considerándolos aisladamente, ya combinados, ya comparándolos entre sí!

¡Cuánta delicadeza también, cuán grande circunspección se debe emplear en la penosa revisión de hechos para conocer, haciendo comparaciones exactas, las analogías, las relaciones, que haya entre la enfermedad que se trata, y las que se han tratado anteriormente; y en consecuencia declarar causas, clasificar la enfermedad, deducir indicaciones, establecer el método curativo, con que éstas deben ser cumplidas, y al fin contar con experiencia!

El cuadro que se acaba de trazar, aunque en bosquejo no deja de dar idea de los conocimientos necesarios para hacer con fruto una observación clínica. Y no hay que dudar: con aquéllos esta es la más importante en la profesión, y lo que más interesa a la humanidad doliente; pero sin ellos, no solamente será inútil la observación, sino que, si ésta ha de servir de guía, será muy peligrosa, porque dará origen a engaños, que serán según las circunstancias más o menos funestos, y siempre trascendentales.

Esta es la medicina de observación. Es la que merece con propiedad el título de verdadera; y es de ella exclusivamente que se puede decir que es *tomada en la naturaleza*, según expresión de Mr. Le Roy, que concluye diciendo, y con mucha razón «que esta condición es necesaria para que la medicina sea una ciencia útil». Pero con esto mismo condena el infeliz su propia doctrina, pues que ni su base ni cosa alguna de mucho que trae en su apoyo es tomada de la na-

turalidad: sola su imaginación lo ha creado todo, dando a conocer en esta misma abundante creación su esterilidad y pobreza.

Faltaría pues el Tribunal a su deber, sino aprovechase esta solemne oportunidad para exponer a V. E. y advertir al público que no se debe tener por experiencia, cual requiere la humanidad, y pide la misma profesión médica, ese cúmulo de hechos, informes publicados con tanta barahunda y como a porfía; redactados sin clasificación, sin criterio, ni exactitud por personas de toda clase, y todas preocupadas y respectivamente halagadas por ilusiones de un sistema basado en hipótesis imaginarias absolutamente; lo que lo hacen más y más peligroso.

Así a cada paso se advierten aquellas historietas violentas y falsas inducciones, y exajeraciones defendidas con tanta ceguedad que sus mismos autores, y sus creyentes ni aun hacen alto al frente de las más chocantes contradicciones. Sirva de ejemplo el número 12 de los casos prácticos (Impresión de Valencia, pág. 59 y 60) «Sentía con frecuencia (dice su autor) un sueño inconcebible: algunas veces dormía de un tirón 24, 30 y 36 horas sin poder despertar» y ponderando seguidamente las ventajas logradas por el método de Mr. Le Roy, se explica así: Antes no podía dormir, y ahora duermo perfectamente». ¿Puede darse contradicción más manifiesta?

Después, hablando de otro caso de un amigo suyo de 62 años de edad, dice «que estaba en artículo de la muerte — que no podía tomar nada — que permaneció por espacio de tres meses con solo agua y azúcar, y que se curó con el mismo método». Presenta esto algún caso de probabilidad? Ello es que este hombre consunto, pues que había tres meses que no se alimentaba más que con agua y azúcar, y estando en artículo de la muerte debió ser tratado además con purgas y más purgas hasta que recobrase el apetito, según se encarga. (Med. curat. impres. Valenc. pág. 342). Estas inexactitudes prueban cuando menos la ninguna circunspección, y la mucha indiferencia con que se tratan objetos de sumo interés. Es innecesario detenerse más sobre este punto.

No se puede desmentir el hecho, se dirá también, de haber sanado muchas personas usando el método de Mr. Le Roy. El Tribunal ni aun ha pensado negarlo. Si es cierto que en otro tiempo le cupo la fatalidad de que alguno de sus individuos le hiciese una desacertada oposición (se debe referir a lo que hemos dado más arriba: carta del Dr. Rivero) según se ha publicado, los que ahora componen esta corporación, son otros. Mas es preciso tener presente que en buena lógica no es exacto que una cosa sea efecto de otra por haber aparecido después de ella. Así aunque muchos enfermos hayan sanado

después del uso del método de Mr. Le Roy, este hecho no se debe tener siempre como precisa consecuencia de él.

Sobre lo que con tanta confianza, y satisfacción se alega en este punto por Mr. Le Roy y sus secuaces, puede formarse un cálculo bien aproximado a su valor real, agregando al principio de lógica, que se acaba de indicar, y a todo lo ya expuesto, las consideraciones siguientes:

1° Los autores de los casos prácticos que encierran los tomos adjuntos, no nos dan, como debían darnos, el número de enfermos, que no han adelantado, que se han atrasado, o que se han muerto; de cuyas malas resultas se oyen noticias con mucha frecuencia; y hasta muertes de sus hijos, que no pueden olvidarse. En los que se consideren facultativos, no es compatible esta reticencia con la buena fe, que debe caracterizarlos. Y no menos extraño que no den noticia alguna de las más ligera autopsia cadavérica.

Los que no son profesores (y son en número excesivamente mayor) no hay motivo, ni aun para imaginar que hayan hecho indagaciones científicas, ni aun sospechando con algún fundamento la causa de tales infortunios y por consiguiente ni aun de los resultados felices. Siendo esto, como lo es, tan exacto. ¡Cuánta debe ser la rebaja de los *comprobantes* presentados!

2° La libertad de vientre es útil y aun necesaria tanto en el estado de enfermedad, como en el de salud, teniendo siempre en consideración el temperamento del individuo, sus hábitos, achaques, etc., etc.

¡En cuántos de aquellos comprobantes podrían haber bastado y aun ser más útiles sin tanta molestia, y sin temor de peligro purgantes suaves, o menos irritantes!

3° La máquina del cuerpo humano sufre un exceso de evacuaciones ventrales con más tolerancia que cualquiera otra pérdida.

¡Cuántos individuos habrán sufrido aquellas evacuaciones sin advertir que eran superfluas.

4° En las enfermedades, como en el estado de salud la tendencia de la naturaleza es a conservar el individuo siempre que no haya inconveniente bastante a estorbarlo. Así el mayor número de enfermedades curables pueden ser vencidas por solo la naturaleza; y por el trabajo de ésta son también vencidos a veces los malos resultados de la inoportunidad de una receta. De aquí es que ha tenido origen la celebridad, que en todos tiempos han adquirido tantas cosas, aun las más inertes. No tuvo otro principio la que gozó el agua común, que un médico administraba por único remedio en todas las enfermedades; y la que han ganado y siguen ganando los amuletos y drogas de los curanderos más torpes, habiendo de éstos quien merece entre la muchedumbre el renombre de *adivino*.

Háganse ya de ese confuso montón de casos que se dicen prácticos, las racionales y debidas deducciones que demanda todo lo que se acaba de considerar; y el cálculo nos dará un muy reducido número de ellos terminados felizmente por las fórmulas solas de Mr. Le Roy y esto, suponiendo la buena fe de sus autores. Pero no siendo aquellos casos verdaderas observaciones médicas, nada de ello arguye la exclusiva de otro método bien dirigido.

Repónganse, si se quiere, que ha habido enfermos desahuciados de los médicos, y que después han sanado con aquel método. Esto, si ha sido efectivo, probará cuando más una equivocación de aquéllos, o bien la ignorancia, porque no todos los que recetan, merecen aquel título: ¿Acaso no sucede lo mismo en todas las profesiones? Además, lo dicho hasta aquí ofrece demasiados materiales para la solución de este triste argumento.

Queda en fin demostrado hasta la evidencia que la obra de Mr. Le Roy, incluyendo su título, es ilusoria, engañosa. Analizada, ella presenta un burdo tejido de varias hipótesis puramente imaginarias, violentas, extravagantes; y de contradicciones, disparidades, imposibles, inexactitudes. Así su teoría viene a ser en realidad desatinada y absurda; y su práctica bárbara y peligrosa por la generalidad con que la establece.

Se ha visto también la nulidad de sus comprobantes, sus casos prácticos, tan inexactos y mal forjados, que no pueden absolutamente formar la verdadera y útil experiencia; ni aun defienden el lugar que en ciertos casos merecían los medios de curación que el autor recomienda; y por último, el todo viene a ser un ominoso conjunto de quimeras y promesas que amenazarán siempre la vida de los que se sometan a la dirección de medicastros, también seducidos por ellas, o por el interés, que les resulta de la impostura.

Por tanto el Tribunal no halla lícito, ni útil el exclusivo uso de los evacuantes de Mr. Le Roy en los hospitales; añadiendo que tampoco traería ahorros al erario del estado; pues que según la doctrina de aquel autor, todo el que entrase en el hospital debería tomarlos, cuando los demás remedios no son necesarios en todas las enfermedades. Como en todos los demás gastos del hospital, el ahorro en este artículo se debe esperar del saber, del celo y de la buena fe de los facultativos que los asistan. Todo lo que no sea esto, burlará la delicadeza del más celoso administrador.

Mas no desconociendo la utilidad respectiva de los evacuantes de Mr. Le Roy, el Tribunal cumple con su deber declarando formalmente que pueden tener lugar con preferencia a otros en muchos casos.

Empero esto pide los conocimientos arriba insinuados, especialmente los que se adquieren por una ilustrada clínica — lo mejor y casi

exclusiva garantía que de su idoneidad puede presentar un médico, no esas injustas contratas recomendadas a este mismo efecto en uno de los adjuntos libros del solicitante, y rechazadas por jurisconsultos de la mayor nota. (Leyes del protomedicato cap. XIII. páf. IX).

Siendo ya fácil concebir los graves perjuicios, que ha de sufrir la salud pública por la doble fatalidad de halagar tanto la muchedumbre la doctrina y promesas de Mr. Le Roy, y de ser administrado su remedio generalmente por idiotas, que para asegurar su ilícito comercio, han emprendido con todo empeño desacreditar médicos y medicina, el Tribunal cree que faltaría a su instituto, si después de haber informado a V. E. del peligroso estado y rumbo que lleva la medicina del país, omitiese proponer en seguida los medios que puedan precaver males tamaños y de tanta trascendencia.

Si hasta ahora, Señor Excmo., el Tribunal no ha hablado sobre este punto, sus actuales individuos no pueden dar razón de esto sino desde el tiempo en que tuvo la última reforma. Entonces los secuaces y fautores del sistema de Mr. Le Roy tenían al pueblo en un estado de frenesí, que le daba poca esperanza de ser oído; con mucho mayor motivo cuando en todo este período no se le hizo denuncia alguna por quien debió hacerse según el reglamento; y sin ella el Tribunal ha temido quedar desairado, porque al principio del expresado tiempo fueron eludidas sus providencias más de una vez en casos análogos, y aun con precedentes denuncias. Pero en la actual exigencia de la salud pública, y en oportunidad tan favorable no halla el Tribunal inconveniente que le haga demorar el cumplimiento de las leyes más tiempo que el necesario a esperar las últimas superiores providencias sobre la materia.

Aun exige más la salud pública. Siendo, como queda indicado, tan cierto como notorio el empeño de aquellos hombres el hacer exclusivo socolor de beneficencia, el uso de las recetas d Mr. L Roy, llegando ya el descaro a gritar que no hay necesidad de más estudio que leer la obra de aquél; y en seguida pedir por los periódicos, que sea libre el ejercicio de dirigir enfermos; es consiguiente que esta conducta necia, sino criminal, haya hecho perder a la medicina, cuando menos entre la multitud, la confianza que antes le merecía.

Parecen pues necesarias algunas medidas que le hagan recobrar lo que de ella haya perdido, o alianzársela, si la conserva como antes, aunque no sea con otro objeto que el de evitar al desgraciado enfermo una mortificante perplexidad en la elección de métodos en el momento mismo, en que más necesita de esperanza y tranquilidad.

Mas la confianza que el público tenga de la facultad médica, estará siempre en razón directa con la que merezcan sus profesores; y

ésta la lograrán con justicia, si ofrecen garantías de buena fe, y del correspondiente saber por actos satisfactorios.

Por lo que respecta a los ya profesores, no son difíciles providencias adecuadas, al efecto, que se pueden acordar oportunamente, Y en cuanto a los que piensan llegar a serlo, éstos deben sacarlas de la escuela de medicina, y de este Tribunal no en el estado actual de ambos establecimientos sino en el que desea V. E. y pide la humanidad apoyada en las leyes.

Es ciertamente lamentable, que en el país en que sus hijos son privilegiados en talentos, se le dificulte a la medicina, cada día más el esplendor con que brilla en las naciones cultas de la Europa.

Sobre todo V. E. hará lo que tenga por más conveniente. Exmo. Sr.

Cristóbal Martín de Montúfar.

No hemos podido averiguar la suerte que cupo más tarde al medicamento del Sr. Le Roy, y el resultado del pleito en que terciaron las opiniones de los diversos facultativos, y periódicos del país.

Unos bien intencionados y otros posiblemente por comercio, como se dice en el proyecto de informe, más arriba citado, tomaron parte en pro o en contra de su administración.

El nombre de *Panquimagogo* se hizo popular. El lan- chón que trajo a Don Pedro de Angelis desde el Uruguay al Río de la Plata, llevaba también este nombre, con el que era conocida la «medicina curativa» del Sr. Le Roy, cirujano consultor.



J O S E L U I S M O L I N A R I